

SEGUNDA PARTE

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

LIBRO PRIMERO

ORÍGENES DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

CAPÍTULO PRIMERO

Opiniones de los historiadores sobre la Revolución francesa.

§ 1.—LOS HISTORIADORES DE LA REVOLUCIÓN.

Sobre la Revolución han sido formuladas las más contradictorias opiniones, y aunque sólo nos separa un siglo, parece ser todavía imposible juzgarla sin pasión. Para de Maistre fué «una obra satánica», y nunca «la acción de los tenebrosos espíritus manifestóse con semejante verdad». Para los jacobinos modernos, la Revolución ha regenerado al género humano.

Los extranjeros que residen en Francia considerarla como asunto que debe eludirse en las conversaciones.

«En todas partes, escribe Barrett Wendell, ese recuerdo y esas tradiciones siguen estando dotados de una tal vitalidad, que pocas gentes son capaces de considerarlos sin pasión. Excitan á la par el entusiasmo y el resentimiento; considéranse todavía con un espíritu de partido, leal y

ardiente. Cuanto más llegáis á comprender á Francia, con más claridad os vais dando cuenta de que hoy, todavía, ningún estudio de la Revolución le ha parecido á ningún francés imparcial.»

Esta observación es muy exacta. Los acontecimientos del pasado, para poder ser interpretados con equidad, no deben ejercer ya sus consecuencias ni tocar á las creencias religiosas ó políticas, cuya fatal intolerancia ya señalamos.

No es de extrañar que los historiadores expresen ideas opuestas sobre la Revolución. Durante largo tiempo todavía, unos verán en ella los más siniestros acontecimientos de la historia; otros el más glorioso. Siendo innumerables y contrarios los documentos, su elección consciente ó inconsciente permitía fácilmente justificar las tesis sucesivamente emitidas.

Los antiguos historiadores de la Revolución, Thiers, Quinet, el mismo Michelet, á pesar de su talento, hoy día son olvidados. Sus doctrinas eran, por otra parte, poco complicadas; dominábalas por lo general el fanatismo histórico. Thiers consideraba la Revolución como resultado de varios siglos de monarquía absoluta, y el Terror como consecuencia necesaria de la invasión extranjera. Quinet apreciaba los excesos de 1793 como consecuencia de un despotismo secular; pero sostenía que la tiranía de la Convención era inútil, y puso trabas á la obra de la Revolución. Michelet veía en ésta sólo la obra del pueblo, que admiraba ciegamente, y cuya glorificación, continuada por otros historiadores, fué por él comenzada.

El antiguo prestigio de todas estas historias ha sido eclipsado por la de Taine.

Aunque igualmente muy apasionada, con viva

luz iluminó el período revolucionario, y, de aquí á mucho tiempo, sin duda que su libro no podrá ser sustituido por ningún otro.

Obra tan importante, necesariamente había de encerrar algunos defectos. Taine presenta admirablemente los hechos, los personajes; pero pretende juzgar con su lógica racional acontecimientos que no ha dictado la razón, y, por consiguiente, no le sería posible interpretar. Su psicología, excelente cuando se limita á ser descriptiva, es en extremo débil al transformarse en explicativa. Afirmar que Robespierre era un pedante, no es revelar las causas de su absoluto poder sobre la Convención, por él diezmada impunemente durante varios meses. De Taine se ha dicho, con gran exactitud, que había visto bien pero comprendido mal.

Á pesar de estos reparos, su obra es muy notable y no ha sido igualada. Puede juzgarse de su inmensa influencia por la exasperación que suscitó en los fieles defensores de la ortodoxia jacobina, de la que M. Aulard, profesor en la Sorbona, es hoy el gran sacerdote. Éste ha consagrado dos años á escribir un folleto contra Taine, en el que la pasión late en cada línea. El tiempo invertido en la rectificación de algunos errores materiales, bastante insignificantes, no le ha llevado sino á caer en idénticos errores.

Examinando su trabajo, M. A. Cochín demuestra que M. Aulard se ha equivocado en sus citas de cada dos veces una, siendo así que Taine había cometido errores con menos frecuencia. El mismo historiador muestra igualmente hasta qué punto hay que desconfiar de las fuentes de M. Aulard.

«Estas fuentes, dice, procesos verbales, diarios, folletos, son precisamente las actas auténticas del patriotismo, re-

dactadas por los patriotas y la mayoría por el público. Por todas partes habría de hallar bien á la vista la tesis de la defensa; allí había, bajo mano, completamente hecha, una historia de la Revolución, presentando al lado de cada uno de los actos del «Pueblo», desde los asesinatos de Septiembre hasta la ley de Pradial, una explicación preparada, según el sistema de la defensa republicana.»

Tal vez la crítica más justa que puede hacerse de la obra de Taine, es decir que ha quedado incompleta. Ha estudiado principalmente el papel del populacho y de sus jefes durante el período revolucionario. Le ha inspirado páginas vibrantes de indignación, admiradas aún, pero pasó por alto algunos aspectos importantes de la Revolución.

Sea lo que quiera lo que pueda pensarse de la Revolución, siempre existirá una irreductible divergencia entre los historiadores de la escuela de Taine y los de la de M. Aulard. Considera éste el pueblo soberano como admirable, mientras que el primero hace ver que, abandonado á sus instintos y libre de todo freno social, cae en el salvajismo primitivo. La concepción de M. Aulard, por completo contraria á las enseñanzas de la psicología de las multitudes, es todavía un dogma religioso para los modernos jacobinos. Escriben sobre la Revolución con razonamientos y métodos de creyente, y toman por obras de valor argumentaciones de teólogos.

§ 2.—LA TEORÍA DEL FATALISMO EN LA REVOLUCIÓN.

Partidarios y detractores de la Revolución, á menudo admiten el fatalismo de acontecimientos revolucionarios.

Esta tesis está bien sintetizada en el siguiente párrafo de la *Historia de la Revolución*, de Emilio Ollivier:

«Nadie podía oponerse. El vituperio no pertenece ni á los que han perecido ni á los que sobrevivieron; no tenía fuerza bastante para cambiar los elementos y prevenir los hechos que nacen de la naturaleza de las cosas y de las circunstancias.»

El mismo Taine escribía sobre este punto:

«En el momento en que se abren los Estados Generales, dice, el curso de las ideas y de los hechos es no sólo determinado, sino aun visible. De antemano, y sin saberlo, cada generación lleva en sí misma su porvenir y su historia; á ésta, antes de surgir, hubiérasele podido anunciar sus destinos.»

Otros autores modernos que no profesan más indulgencia que Taine por las violencias revolucionarias, son por igual partidarios de esta fatalidad. M. Sorel, después de recordar la frase de Bonnet sobre las revoluciones de la antigüedad: «Todo es sorprendente á no considerar más que las causas particulares, y, sin embargo, todo avanza con una continuidad reguladora», expresa la intención, por otra parte mal realizada, de

«mostrar en la Revolución, que se aparece á unos como la subversión y á otros como la regeneración del viejo mundo europeo, la continuidad natural y necesaria de la historia de Europa, y hacer notar que esta revolución no ha traído consecuencia alguna, ni aun la más singular, que no deriva de esta historia y no se explica por los precedentes del antiguo régimen.»

También Guizot trató de probar en tiempos que nuestra Revolución, que erróneamente equipara á la de Inglaterra, era muy natural y nada había innovado:

«Lejos de haber roto, afirma, el curso natural de los acontecimientos en Europa, ni la revolución de Inglaterra ni la nuestra nada dijeron, nada quisieron, nada hicieron que hecho no estuviera, festejado, hecho ó intentado cien veces antes de su explosión.

»... A no ser que se mire á las doctrinas generales de ambas revoluciones ó á las aplicaciones que ellas hicieron, ya se trate del gobierno del Estado, ya de la legislación civil, de la propiedad ó de las personas, de la libertad ó del poder, nada se hallará cuya invención les pertenezca, nada que no se encuentre igualmente, que no haya nacido al menos en los tiempos llamados normales.»

Todas estas afirmaciones recuerdan sencillamente la ley vulgar de que un fenómeno dado es la consecuencia de fenómenos anteriores. Proposiciones tan generales pocas cosas enseñan.

Por otra parte, no debería pretenderse explicar con tenaz insistencia ciertos hechos con el principio de la fatalidad histórica, adoptado por tantos historiadores.

Ya he tratado en otra parte del valor de esas fatalidades, y demostrado que todo el esfuerzo de la civilización consiste en disociarlas. Sin duda, la historia está colmada de necesidades; pero también lo está de hechos contingentes que han sido y podían no haber sido. El propio Napoleón enumeraba en Santa Elena seis circunstancias que podían haber dificultado su prodigiosa carrera. Relataba que, tomando un baño en 1786, en Auxonne, había escapado de la muerte por el hallazgo fortuito de un banco de arena.

Si Bonaparte hubiera muerto en aquel momento, podemos suponer á otro general llegando también á la dictadura. Pero ¿qué hubiera sido de la epopeya imperial y sus consecuencias sin el hombre de genio que condujo nuestros triunfantes ejércitos por todas las capitales de Europa?

Es permitido considerar en parte la Revolución como una necesidad; pero fué sobre todo—y esto es lo que los escritores fatalistas citados más arriba nos demuestran—una lucha permanente de teóricos, imbuídos de un nuevo ideal contra las leyes económicas, sociales y políticas que conducen á los hombres, y que ellos no comprendían. Desconociéndolas, en vano intentaron remontar el curso de las cosas; se exasperaron de su mala fortuna, y llegaron á cometer todas las violencias. Decretan que el papel moneda, designado con el nombre de asignado, valdrá oro, y todas sus amenazas no impiden que este valor ficticio baje hasta no representar casi nada.

Decretan la ley del máximo, y esta ley no hace sino acrecer los males que quería remediar. Robespierre declara á la Convención «que todos los *sans-culottes*, serán pagados á expensas del Tesoro público, que estará alimentado por los ricos», y, á pesar de las persecuciones y de la guillotina, el Tesoro está vacío.

Después de haber roto todos los frenos, los hombres de la Revolución acabaron por descubrir que no puede vivir una sociedad sin ellos; pero cuando pretendieron crear otros nuevos, convenciéronse que los más fuertes, aún sostenidos por el temor á la guillotina, no bastarían para reemplazar la disciplina lentamente edificada en las almas por el pasado. Jamás se preocuparon de comprender la evolución de una sociedad, de juzgar las inteligencias y los corazones y de prever las consecuencias de las medidas dictadas.

Los acontecimientos revolucionarios no crearon, pues, por ningún concepto necesidades irreductibles. Fueron más bien consecuencia de los prin-

cipios jacobinos que de las circunstancias, y hubieran podido ser por completo diferentes. ¿Hubiera seguido la misma marcha la Revolución si Luis XVI hubiera sido mejor aconsejado, ó si únicamente hubiérase mostrado la Constituyente menos pusilánime con respecto á los motines populares? La teoría del fatalismo revolucionario no sirve más que para justificar las violencias, presentándolas como inevitables.

Ya se trate de ciencia ó de historia, es preciso desconfiar mucho de la ignorancia que bajo el término fatalismo se encierra. La naturaleza hallábase en otros tiempos llena de fatalidades que la ciencia, poco á poco, ha llegado á disociar. Lo que corresponde á los hombres superiores es, como ya lo he demostrado en otra parte, desagregarlas.

§ 3.—INCERTIDUMBRES DE HISTORIADORES RECIENTES DE LA REVOLUCIÓN.

Los historiadores cuyas ideas hemos expuesto en este capítulo, se han mostrado muy afirmativos en sus ataques ó en sus controversias. Confinados en el ciclo de la creencia, no han intentado penetrar hasta el del conocimiento. Un escritor monárquico era violentamente hostil á la Revolución, y un escritor liberal no era menos violento partidario.

En nuestros días vemos iniciarse un movimiento que, seguramente, conducirá á estudiar la Revolución como uno de aquellos fenómenos científicos, en los que las opiniones y las creencias de un autor tan poco intervienen, que ni el lector llega á adivinarlas.

Este período no ha nacido todavía. Apunta solamente al de duda, que es el que le precede. Escri-

tores liberales, que en tiempos hubiesen sido en extremo afirmativos, comienzan á no serlo ya. Podrá juzgarse de este nuevo estado por los siguientes extractos de recientes autores:

Hanotaux, después de encarecer la utilidad de la Revolución, se pregunta si sus resultados no han sido pagados á demasiado precio, y añade:

«La historia duda y dudará todavía largo tiempo en pronunciarse.»

Madelin ostenta otras tantas dudas en el libro que sobre la Revolución acaba de publicar:

«Jamás me senti con autoridad suficiente para emitir, ni aun en el fuero interno, un juicio categórico en un hecho tan complejo como la Revolución francesa. Causas, hechos y consecuencias, me parecen todavía muy sujetos á discusiones.»

Recorriendo los nuevos escritos de sus defensores oficiales, es posible darse todavía cuenta más exacta de la transformación actual de las antiguas ideas sobre la Revolución. Entonces pretendían justificar todas las violencias, representándolas como actos de pura defensa, y ahora límitanse á alegar las circunstancias atenuantes. Hallo una prueba sorprendente de este nuevo estado espiritual en la historia de Francia, con destino á las escuelas, publicada recientemente por los Sres. Aulard y Debidour. Á propósito del Terror se leen las siguientes líneas:

«La sangre corrió á raudales; hubo injusticias, crímenes inútiles y odiosos para la defensa nacional. Pero perdida la cabeza en aquella tempestad y hostigados por mil peligros, los patriotas golpeaban rabiosos.»

Veremos en otro lugar de esta obra, que el primero de los dos autores que acabó de citar se muestra, á pesar de la intransigencia de su jacobinismo,

muy poco indulgente con los hombres calificados en tiempos de «gigantes de la Convención».

Los juicios de los extranjeros sobre nuestra Revolución son, en general, bastante serenos, y no es de extrañar, recordando hasta qué extremo sufrió Europa, durante veinte años, de nuestras agitaciones.

Los alemanes, son, sobre todo, los que se han mostrado más duros. Su opinión está resumida en las siguientes líneas del Sr. Faguet:

«Sepamos decirlo con valentía y patriotismo, ya que el patriotismo consiste en decir la verdad al país: Alemania ve en Francia, en lo que al pasado se refiere, un pueblo que con las palabras de libertad y fraternidad en los labios, la ha oprimido, pisoteado, destrozado, despojado y robado, durante quince años; en lo que al presente se refiere, un pueblo que con las mismas palabras en sus enseñanzas, organiza una democracia despótica, opresora, enredada y ruinoso que nadie debe de imitar. He aquí lo que Alemania puede ver en Francia y he aquí lo que, según sus libros y periódicos, puede asegurarse que ve.»

De cuál sea además el valor de los juicios emitidos sobre la Revolución francesa, puede asegurarse que los escritores futuros la considerarán como un acontecimiento tan propio para apasionar como para instruir.

Un gobierno suficientemente sanguinario, para hacer ahogar ó guillotinar á ancianos de ochenta años, jóvenes y tiernas criaturas, cubriendo el suelo de Francia de ruinas, y sin embargo logrando rechazar á Europa en armas; una archiduquesa de Austria, reina de Francia, que muere en el patíbulo, y, unos años más tarde, otra archiduquesa, pariente suya, que la reemplaza en el mismo trono, contrayendo matrimonio con un subteniente convertido en emperador; he aquí tragedias únicas en los anales del género humano. Los psicólogos, sobre

todo, sacarán partido de una historia tan poco estudiada por ellos hasta aquí. Acabarán por descubrir, sin duda, que la psicología no puede progresar si no es renunciando á las teorías quiméricas y á las experiencias de laboratorio para estudiar los hechos y los seres que nos rodean (1).

§ 4.—LA IMPARCIALIDAD EN HISTORIA.

La imparcialidad ha sido siempre considerada como la cualidad más esencial de un historiador. Todos, desde Tácito, aseguran ser imparciales.

En realidad, el escritor ve los acontecimientos como un paisaje el pintor, es decir, con su temperamento, su carácter y el alma de su raza. Varios artistas, situados ante un mismo paisaje, lo traducirán necesariamente de diferente manera. Unos valorizarán detalles descuidados por otros. Cada

(1) Esta recomendación se halla lejos de ser fútil. Los psicólogos estudian hoy día muy poco el mundo que les rodea y aún se extrañan de que haya quien se preocupe de su investigación. He hallado una prueba interesante de este mediano estado espiritual en la crítica de uno de mis libros, publicada en la *Revue philosophique* é inspirada por el director de esta revista. El autor me reprocha «de explorar más bien el mundo y los periódicos que los libros.»

Acepto gustoso el reproche. Las noticias de diverso carácter de los periódicos y la observación de las realidades del mundo son en otro concepto más instructivas que las elucubraciones metafísicas de que se halla abarrotada la *Revue philosophique*. Los filósofos comienzan á sentir lo pueril de tales habladurías. En los cuarenta volúmenes de la fastidiosa publicación citada pensaba sin duda William James cuando escribía que todas esas disertaciones representan simplemente «una carga de hechos toscamente observados y algunas discusiones enojosas». Aunque autor del mejor tratado de Psicología conocido, el eminente pensador reconocía «la fragilidad de una ciencia que resume la crítica metafísica en todas sus articulaciones». Desde hace más de veinte años he tratado de encauzar la psicología hacia el estudio de las realidades; pero la corriente de la metafísica universitaria apenas si se halla desviada, aunque ha perdido toda influencia.

reproducción será de este modo una obra personal, es decir, interpretada por una cierta forma de sensibilidad.

Lo mismo ocurre con el escritor. Tan posible es, pues, hablar de la imparcialidad de un escritor como de la de un pintor.

Indudablemente que el historiador puede limitarse á reproducir documentos, y ésta es la actual tendencia. Pero tratándose de documentos referentes á épocas poco lejanas de la nuestra, de los de la Revolución francesa, por ejemplo, es tal su abundancia, que para examinarlos no bastaría la vida de un hombre, por lo cual se hace precisa la elección.

De manera consciente algunas veces, inconscientemente lo más á menudo, el autor selecciona necesariamente aquellos materiales que mejor responden á sus opiniones políticas, religiosas y morales.

Es, pues, imposible, á menos de contentarse con sencillas cronologías que resuman cada hecho en una línea y una fecha, el producir un libro de historia verdaderamente imparcial. Ningún autor sabría serlo, y no hay que lamentar que no lo haya sido ninguno. La pretensión de imparcialidad, muy extendida en el presente, da lugar á aquellas obras grises, uniformes, extraordinariamente fatigosas, que hacen imposible la comprensión de una época.

¿Debe el historiador, bajo pretexto de imparcialidad, abstenerse de juzgar á los hombres, es decir, hablar de ellos en términos de elogio ó de censura?

Esta pregunta encierra, según creo, dos soluciones muy diferentes, y, sin embargo, muy justas, según el punto de vista que se adopte: el del moralista ó el del psicólogo.

El moralista debe considerar exclusivamente el interés social no juzgando á los hombres si no es de acuerdo con dicho interés. Una sociedad, por el solo hecho de que subsiste y pretende seguir viviendo, está obligada á admitir un cierto número de reglas, á tener un criterio irreductible del bien y del mal, á crear, por consiguiente, clarísimas distinciones entre el vicio y la virtud. Así llega á constituir tipos medios, á los que se acercan más ó menos los hombres de una época, pero de los que no pueden separarse mucho sin peligro para la sociedad.

De acuerdo con semejantes tipos y con las reglas derivadas de las necesidades sociales, debe el moralista juzgar los hombres del pasado. Enalteciendo á los que fueron útiles, vituperando á los otros, contribuye á fijar tipos morales indispensables á la marcha de la civilización á la que sirven de modelos. Poetas como Corneille, por ejemplo, creando héroes superiores á la mayoría de los hombres, y tal vez inimitables, contribuyen poderosamente á estimular nuestros esfuerzos. Es preciso presentar siempre á un pueblo el ejemplo de los héroes para elevar su alma.

Tal es el punto de vista del moralista; el del psicólogo es por completo diferente. Siendo así que una sociedad no tiene el derecho de ser tolerante, porque su primer deber es vivir, el psicólogo debe permanecer indiferente. Considerando las cosas en calidad de sabio, no se ocupa de su valor utilitario, y no pretende sino explicarlas.

Su situación es la de un observador ante un fenómeno cualquiera. Evidentemente que es difícil leer con sangre fría que Carrier ordenaba enterrar á sus víctimas hasta el cuello para vaciarles luego

los ojos y hacerles sufrir horribles suplicios. Sin embargo, es preciso, para comprender tales actos, no indignarse más de lo que puede hacerlo un naturalista ante la araña que, lentamente, devora á la mosca. Cuando se turba la razón, cesa de ser razón y nadie puede explicar.

El papel del historiador y el del psicólogo no son, como puede verse, idénticos; pero al primero, tanto como al segundo, puede pedírseles que prueben, por una prudente interpretación de hechos, á descubrir bajo las visibles evidencias las fuerzas invisibles que los determinan.

CAPÍTULO II

Fundamentos psicológicos del antiguo régimen.

§ 1.—LA MONARQUÍA ABSOLUTA Y LAS BASES DEL ANTIGUO RÉGIMEN.

Muchos historiadores aseguran que la Revolución fué hecha contra la autocracia de la monarquía. Pero, en realidad, mucho antes de su explosión, los reyes de Francia habían dejado de ser monarcas absolutos.

Sólo muy tarde, y bajo el reinado de Luis XIV, llegaron á poseer un poder incontestable. Todos los soberanos precedentes, comprendidos los más poderosos, Francisco I, por ejemplo, tuvieron que sostener, bien contra los señores, bien contra el clero ó contra los Parlamentos, constantes luchas, en las que no siempre eran ellos los más fuertes. Francisco I, que acabamos de citar, no tuvo bastante autoridad ni siquiera para proteger contra la Sorbona y el Parlamento á sus más íntimos familiares. Su consejero y amigo Berquin, mal visto por la Sorbona, fué detenido á instancia suya. El rey ordenó su libertad, pero aquélla negóse á concederla. Vióse obligado á retirarlo de la Conserjería por arcabuceros, y el único medio que tuvo para protegerle fué el tenerle á su lado en el Louvre. La Sorbona no se dió por vencida. Aprovechando una